



Palacio de la familia Pozzo di Borgo, que domina por su elevado emplazamiento toda la campiña de Ajaccio. Edificio construido con piedras de las Tullerías, incendiadas en 1870 por la Commune.

## CAPÍTULO VI

### EL OFICIAL DE ARTILLERÍA

Timbrune-Valence, inspector general de las reales academias, pidió al ministro de la Guerra que, según deseo de los mismos alumnos, Piccot de Peccaduc fuese destinado al regimiento de Metz, Phelipeaux al de Besançon, y Desmazis y Napoleón al de Valence. Pensaba Napoleón que la vecindad de esta plaza con Córcega daría coyuntura para que le destinaran de guarnición en la isla, pues dicho regimiento proporcionaba, al efecto, los destacamentos de artillería.

Acompañado del fiel Desmazis partió Bonaparte de París después de despedirse de su protector el conde de Marbœuf y del obispo de Autún, que residía casi todo el año en París. Hicieron el viaje en diligencia hasta Chalons-sur-Saone, en donde se embarcaron en lo que entonces se llamaban *diligencias fluviales* para llegar hasta Valence,

en donde estaba de guarnición el regimiento de la Fère, famoso por su disciplina y excelente espíritu de cuerpo. Lo mandaba el coronel Lance, antiguo oficial de la casa real, y el comandante Quintín estaba al frente del batallón á que Napoleón había sido destinado como subteniente. Ingresó en la compañía de bombarderos, que tuvo tres capitanes mientras Napoleón sirvió en ella, siendo el último Masson d'Authume, quien se portó con mucho miramiento con Napoleón, invitándole varias veces á una finca que poseía en los alrededores de la ciudad. Así fué que Napoleón guardó siempre grato recuerdo del capitán D'Authume, y ya emperador, le nombró capitán de veteranos, para que pudiera alcanzar los años de activo servicio necesarios para el retiro, pues había pasado algunos en la emigración, y además, le dió el empleo de bibliotecario de la Academia de artillería de Metz.

Napoleón vistió, pues, dichosamente el brillante uniforme de oficial de artillería, que tanto había deseado y tantas veces entrevisto en sus ensueños. El gozo le inundaba el alma, sin asomarse al rostro, porque tenía suficiente presencia de ánimo para reprimirlo y no olvidar que no había llegado aún al fin de sus fatigas, y que le faltaba aprender mucho para no recibir reprimenda alguna de sus jefes en lo relativo al arte de la guerra, pues hubiera lastimado su orgullo.

En consecuencia, se aplicó muy asiduamente á estudiar las lecciones que el profesor Dupuy de Bordes daba para completar la instrucción de los oficiales del regimiento. Tomó hospedaje para dormir en casa de un señor Bou, y para comer en la posada de *Los tres palomos*, aunque tenía otros gastos inherentes á su carrera. Con la paga de oficial y los subsidios que de tarde en tarde le mandaba su tío Luciano, reunía unas 1.200 libras anuales. Por fortuna, el señor Bou y su hija trataron como de familia á Napoleón y le confortaron en los momentos de desaliento y nostalgia, de lo cual quedó él agradecido hasta el punto de que, al volver de Egipto, lleno de fama y gloria, regaló á la señorita Bou un pañuelo de cachemira y una cajita de plata. Tampoco olvidó á un hermanastro de la joven, proporcionándole una plaza de agente de cambio en París.

Al mismo tiempo que completaba sus estudios militares, comenzó Napoleón á frecuentar la sociedad, y como notara que las lecciones de cortesía recibidas en Brienne y París eran de todo punto insuficientes.

las amplió en casa del profesor Dautel, de Valence, quien más tarde se vanagloriaba de haber guiado al futuro emperador en sus primeros pasos por el mundo social. Pero el joven Bonaparte nunca aprovechó por completo las lecciones, pues siempre fué de modales encogidos, bruscos y chocantes. Sin embargo, no tuvo que sufrir en Valence las ligeras mortificaciones de amor propio que tantas veces le habían herido en Brienne y París. La sociedad valencense se mostró con él amable y circunspecta, quitándole todo motivo de embarazo, pues los habitantes de la ciudad habían mantenido siempre cordiales relaciones con los corsos, y, por otra parte, el uniforme de oficial le sentaba tan á maravilla que le hacía desde luego simpático. Recibió muchas invitaciones á tertulias familiares, y particularmente una señora llamada Colombier le cobró maternal afecto, dándole excelentes consejos. Tuvo esta señora sobrada sagacidad para descubrir las poderosas cualidades ocultas bajo el encogimiento y ordinarioz del joven subteniente, y para aconsejarle en los comienzos de la revolución que no emigrara al extranjero, como hacían sus camaradas, á lo que Napoleón respondió diciendo: «que prefería recibir de la nación los entorchados de mariscal á recibirlos del extranjero.» Aprovechando la frecuencia del visiteo se dedicó amorosamente á la hija de la casa, señorita Carolina de Colombier, aunque los cronistas dicen que fué puro amor platónico, sin otro alcance que el placer de la mutua compañía. A la señora Colombier no le asustaron las inocentes relaciones del joven oficial, que por entonces tenía diez y siete años. En cuanto á la señorita Colombier, se casó algunos años después con Garampel de Bressieux de St. Cierge, ex capitán del regimiento de Lorena; pero Napoleón no la olvidó jamás ni aun en Santa Elena, en donde el recuerdo de la joven aduicigaba las amarguras del cautivo. La señora de Bressieux nunca solicitó en vano de Napoleón gracia alguna, pero en todas ocasiones puso éste suma complacencia en servirla, recordando su buena amistad cuando estaba de guarnición en Valence. Su marido llegó á ser barón del imperio é inspector general de bosques; su hermano, capitán del primer regimiento extranjero, y ella misma fué dama de honor de Leticia.

Otra joven de quien Napoleón parecía haberse prendado más seriamente, la señorita de Lauberie de Saint-Germain, una de las más lindas de la buena sociedad valencense, fué nombrada camarera

de la emperatriz Josefina, pero hubo de rehusar el cargo á causa de la quebrantada salud de su marido.

No obstante las atenciones que le hacían relativamente grata la estancia en Valence, no pudo olvidarse de Córcega, hacia donde incessantemente se convertía su pensamiento. ¿Por qué había ido á Valence sino para estar cerca de su país y correr á él en cuanto se le concediese la primera licencia? Desgraciadamente, estaba prevenido que los oficiales noveles no pudiesen disfrutar licencias antes de cumplir un año de guarnición. En espera del cumplimiento, iba Napoleón frecuentemente á la villa de Tournon, muy próxima á Valence, en donde supo que residía un pintor corso llamado Pontornini, con quien se entretenía en departir largos ratos sobre la común patria. El pintor no sólo se avino gustoso á las pláticas sino que tuvo á dicha haber contraído amistad con el joven oficial y le pintó el retrato, poniendo en la tarea todo su talento artístico, de modo que el lienzo delató la grave y reflexiva expresión atribuída al joven Napoleón de la época. Se acercaba el momento de regresar á la patria y ver á su familia y amigos, pues tras un año de servicio día por día, en filas, tenía derecho á seis meses de licencia. Antes tuvo que ir á Lyon con su compañía para reprimir una turbulencia popular suscitada entre obreros y patronos. De regreso en Valence se dispuso á la marcha, despidiéndose del tío Fesch, que acababa sus estudios en el Seminario de Aix, y de su hermano Luciano, que los empezaba. No se sabe á punto fijo si se embarcó en Marsella ó en Tolón, los dos puertos de donde solían partir los destacamentos para guarnecer la isla, pero sí se sabe que el 15 de Septiembre de 1786 estaba Napoleón en Ajaccio. Difícil es dar idea del inmenso júbilo con que abrazó y le abrazaron su madre, su hermano mayor José, sus dos abuelas Saveria y Francisca y toda su parentela, pues preciso sería comprender cuán vigorosas raíces tiene en Córcega el sentimiento de familia. Pensar en la suya y en su país había sido la única distracción del joven Bonaparte durante los seis años de permanencia en el continente. Al ver de nuevo á los suyos desvaneciése su habitual frialdad de carácter, pero según confesó más tarde, pudo mantenerse sin emociones violentas en el instante de abrazar á sus parientes, reunidos en el muelle para recibirle. Después de las numerosas visitas de amigos que á su casa fueron para darle la

bienvenida, salió Napoleón á recorrer los lugares en donde había pasado su infancia é hinchóse de gozo al beber la luz de aquel cielo excepcionalmente azul que cobija la fúlgida naturaleza del suelo. Su prodigiosa memoria le recordaba los lugares en donde con sus compañeros se entregaba á homéricas luchas, la cabaña en donde se recogía para leer y soñar ante el golfo, esmaltado de centelleantes reflejos, y las encinas á cuya sombra había reposado.

En los días que siguieron, dió paseos mucho más largos, recorriendo los viñedos de la familia y los olivares de Milelli. Todo lo quiso ver, para observar por sí mismo las mejoras que su pobre padre y su tío Luciano (encargado de administrar las propiedades desde la muerte de Carlos) habían hecho en las tierras. Con delicia respiraba la especial fragancia que en Córcega exhalan arbustos y malezas, diciendo á este propósito que á ojos cerrados y tan sólo por el olfato conocería la tierra corsa.

Sin embargo, bien se acordaba Napoleón de que pasado el primer transporte de gozo era preciso ocuparse en asuntos serios, y reapareció como hombre grave. Platicaba detenidamente con su tío Luciano, que le puso al corriente de la situación de la familia, y por su buen sentido y su afición á los negocios, llegó á ser el alma de la casa. La administración del tío Luciano marchaba prósperamente, y aunque sufría fama de avaro, tal vez por ello logró restaurar el patrimonio familiar, algo desquiciado por las prodigalidades de Carlos. De cuando en cuando discrepaban Napoleón y su tío en las discusiones, pero sin dejar nunca de ser afectuosas y cordiales. Así Napoleón quería vender los rebaños de cabras, alegando que, al comerse las yemas, perjudicaban el arbolado, aparte de su mucho estorbo; pero Luciano lo entendía de otra manera, y para convencer á su sobrino le enumeraba los provechos obtenidos de las cabras. Sin embargo, había de tal manera notado Napoleón los daños ocasionados por el ganado cabrío, que consideraba necesario promulgar un código rural cuyo primer artículo prohibiera la libre circulación de los rebaños en la isla de Córcega.

Durante su estancia en Ajaccio planteó Napoleón de nuevo el asunto relativo á la carrera de José, quien, á ruegos de su difunto padre, había jurado desistir de la militar para dedicarse exclusivamente al gobierno de la familia. Pero esto no le impediría ocuparse en los asun-

tos públicos de Córcega cuando un título académico le facilitara el acceso á los cargos oficiales de su ciudad natal. Napoleón insistió en la idea, tiempo há acariciada, de que José fuese abogado, pues ya no quería ser clérigo. El tío Luciano aprobó el proyecto, y con acuerdo de destinar al joven estudiante parte de las rentas de la familia, lo mandaron á la célebre Universidad de Pisa, en donde, acabada la carrera, se doctoró *in utroque*.

Napoleón tuvo que solicitar demora de licencia, á causa de las graves preocupaciones sobrevenidas en la familia por el asunto de un vivero de moreras, cuya concesión había obtenido Carlos, debiendo recibir por ella 8.500 libras, cobrando 5.800 en el acto; pero algunos meses después, cuando ya estaba hecho el plantío, rescindió el Estado bruscamente la contrata. Napoleón creyó preciso gestionar en París la indemnización consiguiente, y para diligenciarla en persona, solicitó y obtuvo otros seis meses de licencia por enfermo, previa presentación de certificado facultativo. Marchó entonces á París, ocupándose directamente del asunto con el interventor general, á quien llevaba una carta del señor de Brienne. Sin embargo, la instancia quedaba sin respuesta, y abrumada su madre por los cuidados que requería la educación de tantos hijos, le apremiaba á resolver el asunto. Como quiera que iba á terminar la licencia, Napoleón solicitó nueva demora, alegando asuntos de familia, y se le concedieron seis meses más, aunque sin sueldo.

Regresó entonces á Córcega para tomar bajo otro aspecto el asunto del vivero. El intendente general de Córcega había dispuesto de cierto número de moreras sin satisfacer su importe. Napoleón se trasladó á Bastia, vió á las autoridades y logró el pago, teniendo que contentarse con este éxito parcial en espera de acometer nuevas y más activas diligencias para conseguir el definitivo.

Pero, próxima á terminar la licencia, no se atrevió Napoleón á solicitar tercera demora y salió de Ajaccio el mismo día en que su hermano José llegaba de Pisa con el título de doctor en leyes; gracias al cual podría matricularse en el foro y tomar parte con mayor representación en las luchas políticas.

El regimiento de la Fère ya no estaba en Valence, pues por cambio de guarnición había sido trasladado á Auxerre, ciudad húme-